

esa época de su vida, parece no estar celosa de Marcela de Baud porque ésta sea amada por Didier de Prades, sino que la tiene envidia; la odia sobre todo, porque Marcela es madre de una niña preciosa.

Dejemos hablar por un instante á Carmen para que nos dé mejor cuenta de sus impresiones. Cuando nos pongamos en su persecución, nos será tanto más fácil encontrarla, cuanto más hayamos leído en el fondo de su alma.

## XXXI

6 Mayo. 187...

¿Quién se atreve á decir, escribía Carmen Lelievre en la fecha que va puesta á la cabeza de este capítulo, que las

madres encuentran siempre que sus hijos son hermosos? Es un error. Mi hija es muy fea y muy mal formada; yo lo veo, lo conozco y lo digo.

En el año que siguió á su nacimiento podía hacerme ilusiones, esperar al porvenir. Hoy ya no tengo duda.

¡Y había muchas causas para que hubiese sido preciosa! Como ciertas enfermedades, la belleza salta, según dicen, muchas veces una generación, y en la cara de los niños se ve aparecer los rasgos de sus abuelos. Si Juana se hubiese parecido á mis padres llamaría grandemente la atención.

Nada tampoco impedía que se hubiese parecido á Richard. No me agrada por completo, porque mis recuerdos lo estorban y le dañan en mi mente; pero agrada á muchas, y lo merece. Me hubiese contentado, para Juana, con una pequeña par-

te de las dotes que él posee; pero no tiene ninguna.

Las facciones de la pobrecilla están calcadas en las mías. Es mi nariz en pequeño, pero tan poco disminuída, que no puede vanagloriarse ni aun de eso. Tiene la barba hundida, mi frente estrecha, mi boca grande y mis labios delgados. La encuentro mi facha de vieja hasta el punto de figurarme haberla visto una arruga precoz.

Cuando la miro, me parece que estoy delante de un espejo. Su pequeña estatura se presta también á que la ilusión sea completa. Soy tan pequeña, que podrían tomarme por mi niña. Mi padre decía al hablar de mí, apenas hace cuatro años: «Tú no tienes edad ninguna.»

A propósito de mi padre: el negocio del hotel de las Rocas Negras, el año que yo serví de *factotum* y todo el siguiente, le

produjo treinta mil francos... de deudas. Volvió á marcharse como era natural, á Pernambuco, acompañado de mi madre. El nuevo negocio que emprendió, sin duda prosperó al principio, porque durante tres años no me han dado, ni una sola vez, noticias suyas. Ahora me escriben y me llaman á su lado. Por eso creo yo que han de estar arruinados de nuevo.

¿Iré á reunirme con ellos? La perspectiva de una larga travesía por mar no me es indiferente; ¡no he visto hace tanto tiempo á mi antiguo amigo el Océano!... ¡Y el cielo del Brasil, aquella vegetación exuberante, todas las magnificencias terrestres!

Bueno. Antes me ocupaba de la fealdad de Juana, y ahora... vuelvo á ella, quiero olvidarme del Brasil y sus seducciones. No me faltaba más sino que me dejase tentar y me reuniese á mi familia... ¡No,

no tengo derecho á llevarme conmigo á mi hija, á quitársela á su padre que la adora... y yo no debo separarme de ella. ¿Pero la quiero?... Sin duda. ¿Es posible no querer á un hijo? Basta de palabras inútiles. Sí, es posible, y esto se ve á cada momento, todos los días. No hay más que leer la *Gaceta de los Tribunales* para convencerse de ello.

¿Pero yo debo colocarme entre esas madres excepcionales? No lo sé, no me atrevo á decirlo.

Seguramente adoraría á mi hija si hubiese sido bonita. Hubiera adulado mi vanidad, mi orgullo, y me hubiese hecho quererla, si no por el corazón, por mis malos instintos. ¿Puedo yo, por ventura, dejar de querer lo que encanta mi vista... el árbol, la flor, las estrellas, los niños?

¡Ay! ¡es fea y no la basta herir mi vista, ofender mis ideas, oponerse á mis gustos,

sino que además me recuerda á cada instante mi propia fealdad, que me ha hecho tan desgraciada, me ha separado del único hombre que he amado y me ha hecho ser lo que soy... es decir, nada buena.

En fin, no sé, no sé, no me siento arrastrada hacia ella como la mayor parte de las madres lo son hacia sus hijos, pero no me es indiferente. Sufro por ella lo que sintió por Richard. De hecho, es mi amante, mi pensamiento no está con él. Juana es mi hija y sueño con otra hija, con otras facciones, con otros rasgos, con otra expresión... ¡Ah! ¡Cómo habría yo amado á esta última!

18 Mayo 187...

Mis lecciones no me dejan un instante de libertad. Apenas si puedo una ó dos veces al año, cuando mis alumnas están

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1875  
BONBERRY, MEXICO

de vacaciones, correr por los campos, ver árboles, agua, verdura y un pedazo de cielo.

Los que estéis destinados á recorrer estas notas os asombraréis de mis aficiones bucólicas. Se preguntarán cómo hallan sitio en un alma ocupada ya por tan malos sentimientos, cómo el odio á mis semejantes y el amor á la Naturaleza pueden conciliarse. No trataré de explicar estas contradicciones.

Después de haber pasado cuatro años en París en plena corrupción y en plena hipocresía, después de una larga serie de malas acciones, he conservado intacto mi culto de otras veces á las maravillas terrestres cualquiera que sea su naturaleza.

Cuando no puedo salir en el verano de París, para perderme como yo quisiera en el campo, me ocurre atravesar á lo mejor, en mis correrías por la ciudad, algún

jardín público. Admiro las plantas, las flores raras, la espesa alfombra de césped. Cierro los ojos, aspiro los aromas que me rodean, y me creo por un momento transportada á mis sitios predilectos. Entre los jardines de París, el de las Tullerías es el que prefiero; me seduce aquel bosque de castaños seculares, floridos en la primavera, verdes todo el verano, cuyos troncos gigantescos y las ramas que un siglo ha ennegrecido, se destacan con tanto vigor en medio del follaje.

El 18 de Mayo me detuve en lo más espeso de él y me senté en una silla. Hacía una de esas bellas mañanas en que, la primavera, disponiéndose á huir al presentarse el estío que se acerca, se entrega á toda clase de coqueterías y prodiga sus más tiernas caricias.

Un grupo de cinco ó seis niños que jugaban por allí cerca se aproximó á mí, y

vino con sus gritos á turbarme en mi contemplación.

Iba á retirarme y á buscar un sitio más solitario, cuando me sorprendí al mirar á uno de ellos. Era una niña de cerca de tres años, rubia, de facciones delicadas, grandes ojos azules, una deliciosa cabeza de Greuze en un cuerpo adorable.

¡Qué feliz debía ser la madre de aquella niña!

¡Qué alegría vivir de nuevo en aquella encantadora criatura! ¡Qué voluptuosidad en poderla admirar sin cesar y cubrirla de besos!

Para mí un niño hermoso es la última palabra de la creación. Resume en sí todas las perfecciones. Sus ojos, sus cabellos, sus carnes, dan idea de los colores más delicados y más suaves. Los rasgos y las formas que después se encontrarán desarrollados y claramente delineados en

el hombre y en la mujer, están indicados en ellos, sin que la Naturaleza haya olvidado ni un detalle. Ese boceto firmado por el Maestro de los maestros vale tanto como un cuadro. La mirada, que dulcifican con frecuencia lágrimas prontas á salir por cualquiera causa, posee un encanto indefinible. Mirad la sonrisa, no la volveréis á encontrar más tarde; pierde su gracia y su pureza. La mano más cuidada y mejor hecha de una mujer de veinticinco años, la mejor edad de las manos, no valdrá jamás lo que esas manitas regordetas, llenas de hoyitos, con sus uñitas rosáceas que las tijeras no ha desflorado aún.

¡Y la pierna es divina! ¡Y el pie una maravilla! Y decir que yo comprendo tan bien todas esas bellezas y estoy condenada á admirarlas en los hijos de los demás. ¡Mi hija no tiene ninguna de esas gracias,

no tiene ninguna de esas dotes tan apreciadas!

Pero me parece que la niña que tanto me ha llamado la atención, la he encontrado ya en alguna parte. Evoca en mí un recuerdo.

¡La llamé! Al cabo de un instante de vacilación, se acercó y la miré de cerca.

No, no la conozco, no la he visto nunca, pero esa frente, esa boca, el óvalo de ese rostro, están hace mucho tiempo grabados en mi mente.

¡Es á él á quien se parece en todo y por todo, á Didier de Prades! ¡Ah, no puede engañarme, todo me lo dice, todo en ella me lo recuerda!

—¿Cómo se llama tu papá?—la pregunté á la niña.

—Didier—respondió sin vacilar.

—¿Y tu mamá?

—Marcela—dijo al instante.

¡Y esta es la niña que ha tenido con esa mujer!

¡Es la maravilla que han creado entre los dos!

¡Es el fruto de sus amores!

No sólo se ha entregado á ella en cuerpo y alma, sino que además le ha hecho ese presente divino.

¡Desgraciado! yo te he pertenecido antes que esa mujer. Tú has sido mi primer amante, y ella no ha venido á entregarse á tí hasta que dejó de estar en los brazos de otro.

Yo soy quien debía poseer esa niña cuyas facciones me recuerdan las tuyas.

¡Qué injusta es la suerte!

.....

Aquí concluyen por completo las notas de Carmen Lelievre; pero este último fragmento de sus Memorias ha bastado para enterar por completo de todo á Didier de

Prades, á Marcela de Baud, á los esposos Saire y á Richard. Participan ahora, y de un modo absoluto, de la opinión del prefecto de policía: Carmen volvió á ver á Luisita en aquellos sitios que eran sus paseos favoritos, en las Tullerías y en los Campos Elíseos, y un día que había gran confusión de gente, un día de carreras de caballos, la robó, según ya hemos referido en la primera parte de esta obra, que se titula *Misterios Mundanos*.

No terminó la lectura de las Memorias de Carmen Lelievre hasta las nueve y media de la mañana. Marcela y Didier no tenían que perder ni un instante si querían llegar á la hora señalada á ver al prefecto de policía.

FIN

El episodio que sigue, lleva por título *La Cárcel de Clermont*.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

ERL

P  
. B  
S